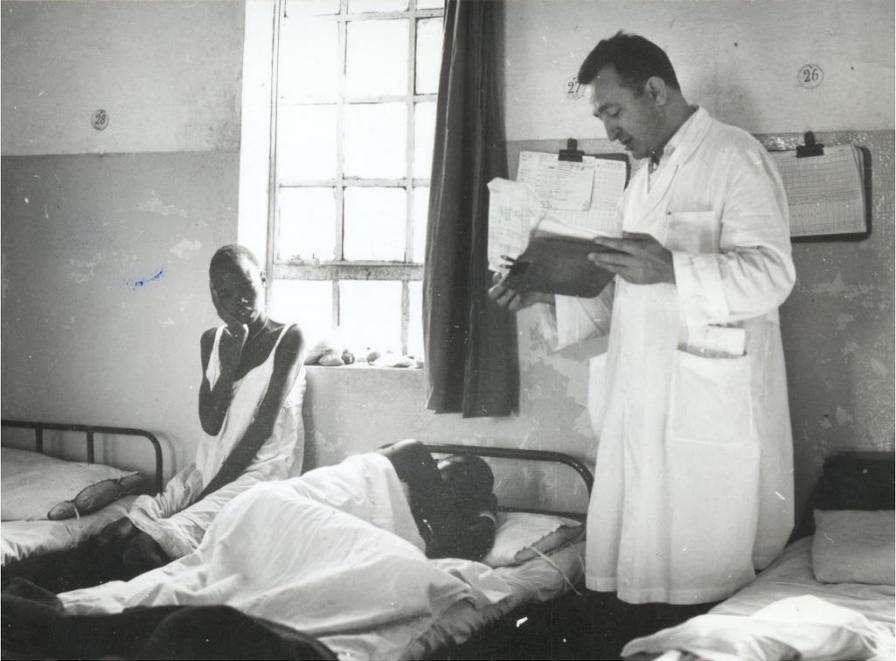


# LA MISIÓN CONTINÚA



## Un año después de la beatificación del padre Giuseppe Ambrosoli

El 20 de noviembre se cumplirá el primer aniversario de la beatificación del padre Ambrosoli en Kalongo, el 20 de noviembre de 2022. Un aniversario no indiferente, si consideramos que el beato Giuseppe Ambrosoli fue la encarnación anticipada de lo que puede considerarse un salto adelante en la concepción del contenido unitario de la evangelización, es decir, su *ratio constitutiva* (anuncio de Cristo y liberación integral) y la articulación del hacer misión (dos realidades que, incluso en su distinción, no pueden sino implicarse mutuamente). En efecto, ¿qué evangelización sería aquella que no pusiera a Cristo como prioridad absoluta y, al mismo tiempo, relegara la justicia y el desarrollo humano a consecuencias meramente optativas? El hecho es que, a menudo, nuestra distinción de las dos realidades ha significado una separación en la praxis.

Sin embargo, el Sínodo de los Obispos de 1971, en su documento final, titulado *La justicia en el mundo*, afirma que "actuar en favor de la justicia y participar en la transformación del mundo se nos presentan claramente como una dimensión constitutiva (*ratio*

*constitutiva*) de la predicación del Evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de todo estado de cosas opresivo" (Documento final, 6). Y de nuevo: "La misión de predicar el Evangelio en nuestros días exige que nos comprometamos en la liberación total del hombre ya en su existencia terrena" (Ibid., 37).

La exhortación apostólica de Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* (1975), reafirmó también esta estrecha conexión, afirmando que «no es posible aceptar "que la obra de evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo. Si esto ocurriera, sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad"» (EN, 31).

Ambrosoli, como sacerdote y médico, mantuvo estrechamente unidas las dos realidades, sin tener que sacrificar ni al médico ni al sacerdote, pero sabiendo poner en práctica la relación de íntima conexión y mutua dependencia entre ambos. Fue el primer ejemplo entre nosotros de una simbiosis lograda. El médico llegaba al alma del paciente y el sacerdote se revestía de una humanidad más concreta que irradiaba cercanía, respeto por el otro, deseo de transformación y responsabilidad.

Hojeando rápidamente la biografía del beato Ambrosoli, intentaremos captar algunos elementos calificativos de su persona y los momentos de actualidad que le exigieron opciones decisivas. Prestaremos atención, por tanto, a algunos datos esenciales que, aunque escasos, ponen de relieve la calidad humana y espiritual del testimonio. En general, hay que decir que en Ambrosoli salta inmediatamente a la vista que el Dios en el que cree es sólo amor empeñado en centrarse en la persona en su humanidad, para aliviar su sufrimiento y atender sus necesidades, devolviéndole su plena dignidad. Para el Beato Ambrosoli, ante él sólo están Dios y la persona necesitada. Esta prioridad revela que él, no sólo por una cierta inclinación natural, se sitúa siempre un paso atrás para crear espacio para el otro. Así, el sacerdote-médico, como evangelizador, ya no se preocupa por proteger su imagen y su obra, ni le perturba querer defenderse. Lo que llama la atención en él es que esta constante discreción estructural, puesta al servicio del amor divino y del amor humano solidario, se encuentra ya en su juventud y perdura por toda la vida.

## **Algunos datos biográficos**

### **a) Desde la entrada en el Instituto comboniano hasta el sacerdocio (1951-1955)**

Giuseppe Ambrosoli llegó entre los combonianos con un robusto camino de formación que lo forjó y, al mismo tiempo, también lo hizo capaz de aceptar ulteriores desarrollos. Sin olvido de lo mucho que había recibido y sin arrogancia por su formación profesional, sin rigidez y sin cerrazones, permaneció abierto a adquirir los contenidos formativos combonianos que le permitieron refinar sus cualidades humanas y espirituales y ejercer su profesión médica con creatividad y autonomía.

Cuando, el 18 de octubre de 1951, Giuseppe Ambrosoli ingresó en el noviciado comboniano de Gozzano (Novara), tenía 28 años. A sus espaldas tenía ya una experiencia educativa y profesional que le forjó para toda la vida: primero el "Cenáculo" de Como (1945-1950), después la Universidad Estatal de Milán, Facultad de Medicina (1946-1951), es decir, un "humus" espiritual, académico y eclesial. El horizonte espiritual que proponía el Cenáculo era el heroísmo. Mario Mascetti, su compañero en la época del Cenáculo, escribe: "Nunca desconectó el circuito de la gracia, como si hubiera desarrollado el hábito de verificar a cada instante (hoy diríamos en tiempo real) la conformidad de sus acciones con lo que agrada a Dios". Una espiritualidad, sin embargo, continuamente desafiada por la realidad. En el fragor de las elecciones de 1948, Giuseppe escribió: "No basta con que los demás me llamen demócrata-cristiano; deben sentir la influencia del Jesús que llevo; deben sentir que en mí hay una vida sobrenatural que es expansiva y radiante por su propia naturaleza".

Incluso el estudio universitario, con todo el compromiso y rigor que exigía, a la luz de esta espiritualidad encarnada estaba exento de futuros beneficios personales y materiales: "Ponerme en el apostolado entre los pobres con humildad, hacerme como ellos, a su nivel, amarlos, interesarme por ellos". No se trataba sólo de una opción clara por los más pobres, sino también de una opción hecha en el seno de la comunidad eclesial, que se traducía en la capacidad de trabajar en equipo. Escribió a su amigo Virginio Somaini, como él delegado de Acción Católica en la parroquia de Cagno (Varese), reconociendo una matriz única: "Llamados ambos por el Señor a darle gloria en el campo de la Acción Católica, colaboremos, viviendo juntos en la oración y en la Gracia, en el intercambio de nuestros talentos, en hacer fructificar esta evidente predilección de Dios. ¡Trabajemos juntos, querido Virgilio, en la Acción Católica! El domingo por la mañana, en la propaganda, tendré el consuelo de poder pensar que otro joven como yo, al que estoy unido en el amor a Cristo, ¡está haciendo el mismo trabajo por el mismo ideal!"

Ambrosoli era, a todos los efectos, un "diesel". De hecho, el 18 de julio de 1949 defendió su tesis de licenciatura en Medicina, y a principios de agosto estuvo en la casa comboniana de Rebbio (Como), pidiendo información. Tranquilizado por la posibilidad de ejercer su profesión médica en la misión, se marchó a Londres para asistir al Curso de Medicina Tropical hasta agosto de 1951. El 5 de septiembre escribe al Superior General de los Combonianos, el P. Todesco, pidiendo que se le permita entrar en el Instituto, y el 18 de octubre ya está en el noviciado de Gozzano.

El horizonte de futuro de la misión le permitió desenvolverse en un ambiente restringido como el del noviciado y conseguir encajar entre 51 jóvenes, la mayoría de 17 a 19 años, acostumbrados sólo al restringido ambiente clerical. Giuseppe, acostumbrado al mundo diocesano más articulado y al ambiente laico de la universidad, crece espiritualmente, conservando su espíritu agudo y autónomo, orientado a la misión. Espíritu interior, misión, profesionalidad y comunidad son los pilares. Giuseppe nunca juega a ser el advenedizo, el "fuera de grupo", ni a sentirse -o disfrazarse- como el diferente, el mejor preparado, el superior por ascendencia familiar o experiencia adquirida en diversos campos.

Sabe integrarse cordialmente, a pesar de las dificultades iniciales, primero en la comunidad del noviciado, luego en la del escolasticado (1953). Estudió teología en el escolasticado de Venegono, continuando su práctica médica en el cercano hospital de Tradate y desempeñando frecuentes funciones de "asistente médico" en la gran comunidad.

Al Dr. Aldo Marchesini, que fue a Kalongo en 1970 para practicar la cirugía, le confió que fue el cirujano Angelo Zanaboni quien le había enseñado lo esencial en un año, pero se apresuró a añadir: "Pero las oportunidades de aprender continúan a lo largo de toda la vida. Se puede aprender de todo el mundo, incluso del personal no médico".

Sintiéndose parte viva de la comunidad -hermano entre hermanos-, convenció al superior del escolasticado, el padre Giuseppe Baj, que era bastante tacaño, para que le dejara instalar el sistema de calefacción en la antigua nevera del castillo de Venegono, diciendo: "¡Hay que preservar la salud de los futuros misioneros, aunque en África ya no hagan falta radiadores!". El Dr. Tettamanzi Folliero, que lo conoció cuando Giuseppe se formaba en el hospital de Tradate, lo recuerda como muy dedicado en el seguimiento de los hermanos para los que había recomendado la admisión en el hospital, sobre todo con respecto a un obispo africano, bastante excéntrico y desorbitado en sus peticiones. A las quejas de sus colegas, el padre Ambrosoli respondía con una sonrisa y una simple frase: "Nuestra librea es la caridad".

Entre las muchas cualidades del padre Ambrosoli mientras se prepara para su futuro servicio misionero -y que aún hoy le resultan indispensables- surgen claramente algunas: un marcado sentido comunitario, una gran disponibilidad para ofrecer cualquier servicio, permaneciendo 'en segunda fila', la voluntad de ofrecer servicios profesionales, buscando siempre lo mejor. Ambrosoli anticipa en la práctica lo que más tarde le diría a sor Enrica Galimberti, su ayudante en el hospital de Kalongo: "Intenta hacer las cosas a la perfección. Sin embargo, si te salen bastante bien, no las deshagas para hacerlas perfectas: las arruinarías. Confórmate con hacerlas bien. Esfuérzate siempre, sin embargo, por alcanzar la perfección". Un concepto ni pietista, ni moralista, ni superficial, sino de marca puramente altruista: para dar lo mejor, hay que prepararse continuamente.

## **b) Una vida en misión – Kalongo (1956-1987)**

El sacerdote y médico Ambrosoli llegó a la misión a los 33 años, con un excelente bagaje humano, espiritual y profesional. Ya había demostrado su valía en el noviciado y el escolasticado, pero fue en los años de misión donde apareció en todo su esplendor. Durante 31 años, siempre en el mismo lugar, desde el 19 de febrero de 1956, cuando pisó por primera vez el hospital de Kalongo, hasta la trágica evacuación de la institución a la que lo había dado todo, el 13 de febrero de 1987.

En Kalongo, encontró a unos hermanos combonianos muy capaces: el Padre Alfredo Malandra y la Hermana Eletta Mantiero. Gracias a ellos, el primer dispensario se ha convertido ya en una verdadera maternidad. Con la llegada de un médico, el sueño de una Escuela de Matronas empezó a tomar forma. Así pues, Ambrosoli se introdujo en una

estructura ya existente y la dotó de plena eficacia en cuanto a personal y funcionamiento. La Escuela de Matronas de St. Mary se convertirá en la joya de la corona de todo el hospital de Kalongo, incluso a costa de su propia vida.

Los comienzos no son nada fáciles: su primera tarea es poner al día todos los dispensarios del norte de Uganda (Aber, Padibe, Nyapea, Moyo y Angal) y encontrar un médico, especializado en obstetricia y ginecología en Inglaterra, para obtener del gobierno británico - que sólo es favorable de palabra - la aprobación de la Escuela de Matronas. Una lista de nombres se sucede en esos años, marcados por una lista igualmente larga de esperanzas y amargas decepciones: la doctora polaca Lydia Wlosczyk; la pareja de médicos Remotti del Cuamm (Colegio Universitario Aspirantes Medicos Misioneros, hoy Medicos con África) de Padua; la doctora escocesa Jane Mac Shane; el doctor Pietro Tozzi, el doctor Morelli, el doctor holandés Bonnar, una doctora del Golfo Pérsico, el doctor Doyle, etc.).

El hospital también va tomando forma y ampliándose poco a poco, hasta alcanzar una capacidad de 200 camas. Mientras tanto, la fama del Aiwaka Madit ("gran médico") o Doctor Ladit ("gran médico") crece y se extiende por Uganda y más allá, llegando a Kenia, Tanzania, Zaire, Etiopía, Sudán e incluso la India.

Los acontecimientos políticos, que con la independencia de Uganda en 1962 debían dar paso a una época de paz y desarrollo, tejen en cambio una red con un trasfondo demasiado cambiante y a menudo dramático. En 1963 se nacionalizan todas las escuelas primarias. En enero de 1967, diez misioneros son expulsados, acusados de haber mantenido contactos con los movimientos de liberación del sur de Sudán y de difundir noticias falsas sobre el gobierno de Kampala, al que acusan de acuerdos secretos con el gobierno de Jartum para la eliminación de los rebeldes. En 1972, se produce una nueva expulsión de otros seis misioneros por falta de documentación legal. En julio del mismo año, se deniega el visado de entrada a nuevos misioneros, médicos, enfermeras y profesores. A finales de año, otros 50 misioneros tienen que abandonar el país. En junio de 1975, se producen nuevas expulsiones de 16 misioneros, elegidos "quirúrgicamente" en lugares cruciales.

Mientras tanto, a pesar de la incertidumbre, Ambrosoli siguió ampliando el hospital. A finales de 1972, inició la construcción del nuevo pabellón quirúrgico, sustituyendo las cuatro casitas que formaban el antiguo pabellón, y consiguió terminar las obras en mayo de 1973. El pabellón quirúrgico cuenta ahora con 67 camas nuevas. Al mismo tiempo se levantan otros edificios: una gran sala para demostraciones prácticas, un amplio almacén de 13 metros de largo, un bonito refectorio para alojar a 25 chicas no cualificadas que trabajan en el hospital, 6 pequeños almacenes, la sala médica central y otros. También se está trabajando en un importante embalse en el afloramiento rocoso sobre Kalongo.

El padre Ambrosoli empieza a preguntarse si, dadas las difíciles condiciones de Uganda, toda esa actividad de construcción podría parecer una locura humana. Bajar un poco el ritmo sería una hipótesis plausible, pero que él descarta inmediatamente, porque sólo trabaja por la gloria de Dios y el bien de la gente. Sabe perfectamente -como todo el

mundo- que el hospital de Kalongo es el único centro sanitario en un radio de 70 kilómetros. A la monja comboniana, la doctora Donata Pacini, que le señala que esta expansión se traduce necesariamente en un exceso de trabajo, responde con franqueza y sin posibilidad de réplica: "Los enfermos lo necesitan".

Las estadísticas de 1973 dan una idea de hasta qué punto los enfermos se adueñaron de la vida del padre Ambrosoli: consultas externas, 44.946; ingresos, 5.488; partos, 885; visitas prenatales, 1.810; operaciones, 632; radiografías, 1.128; pruebas de laboratorio, 37.421. Y era sobre todo el propio padre Giuseppe quien realizaba las operaciones, o supervisaba a los demás médicos, enseñándoles sus técnicas, o supervisaba a los recién llegados para que todo saliera bien.

### **La fuente secreta**

¿De dónde saca la fuerza para llevar a cabo todas esas actividades y el valor para continuar en tiempos tan difíciles? Ciertamente, al padre Ambrosoli no le faltan unas dotes de gestión fuera de lo común. Sin embargo, la fuente de su audaz y desbordante actividad hay que buscarla en otra parte. En abril de 1973, en una carta a sus amigos de Cáritas de Bolonia, escribía: "Me parece que éste es precisamente el momento oportuno para demostrar que no trabajamos para nuestros propios intereses. Me parece que éste es para nosotros, más que el momento de pedir ayuda económica, el momento de pedir ayuda espiritual, para que el Buen Dios salve el cristianismo ugandés". Ambrogio Okulu, parlamentario acholi, escribió sobre esos tiempos dramáticos en una recreación póstuma: "Al llegar en 1956, [el padre Ambrosoli] vivió seis años de lucha política librada por los ugandeses para independizarse de los británicos. Después, vivió bajo la primera dictadura de Obote y la dictadura militar de Amin. [...] Todas estas condiciones adversas llevaron al Dr. Ambrosoli a trabajar aún más duro y le granjearon el respeto de quienes odiaban a los misioneros. [...] En las convulsiones de la Uganda de entonces, el Dr. Ambrosoli se enfrentó con igual valentía a clérigos celosos, políticos vengativos y oficiales indisciplinados del ejército. Frente a ellos, nunca dio un paso atrás por miedo".

El padre José no cedió y sigue sin ceder, porque ciertos puntos fijos ordenan su acción. En una carta al profesor Canova, de la C.U.A.M.M., enumera tres que considera fundamentales: "El primero, y más importante, es el espíritu de Cristo, consistente en la voluntad decidida de trabajar por la difusión del reino de Dios; el segundo, el espíritu de sacrificio; y el tercero, una buena preparación técnica". Ciertamente, reconoce que la cirugía "tiene también una clara influencia psicológica en las personas que la confrontan con la ineficacia de los curanderos locales". Sin embargo, el punto fijo del que todo debe partir y al que todo debe someterse es una afirmación escrita en septiembre de 1957, poco más de un año después de llegar a Kalongo: "Debo tratar de *personificar* al Maestro cuando curaba a los enfermos que acudían a él". Una fe cristológica que ya había marcado su vida de universitario a cargo de los jóvenes de la Acción Católica en Uggiate. Ya entonces escribía a un amigo: "Nuestro precioso tiempo que dedicamos a la A.C. tiene, en todo momento, una finalidad sobrenatural, y no hay peligro de que se disperse en

cosas vanas, ¡porque esta obra nos acerca cada vez más a Él, el Cristo! La estrella polar, por tanto, es Cristo, que está presente en los momentos más duros y que le conduce a la formulación central de su labor evangelizadora: "Dios es amor". Hay un prójimo que sufre, yo soy su servidor". No se trata de una frase hecha latiguillo, sino de una concreción de lo que escribió en su "libro del alma" (diario): "Es necesario que te busque a Ti solo, y en la Cruz"; "debemos entrar en el círculo de la Trinidad... y estar un poco más cercanos a Jesús en su camino de la Cruz". "(Quiero) aceptar que me molesten, o sea, como Jesús, vivir con los otros, bajo los otros y para los otros". Ambrosoli enseña a entender que no pretende dejar que la multiplicidad de las obras se convierta en una vorágine externa, una visibilidad a toda costa, un torbellino que lo engulla todo en su espiral embriagadora y, al final, lo haga esclavo de sí mismo y de su imagen.

### **La enfermedad (1982) y la evacuación de Kalongo (1987)**

Sorprende la naturalidad con la que el padre Ambrosoli logra conciliar una vida espiritual, bajo el signo de la esencialidad y la sencillez, y un servicio quirúrgico cada vez más exigente en términos de rendimiento y competencia. En este sentido, su encuentro con la espiritualidad de Charles de Foucauld iluminó su camino, y así el camino que había emprendido de joven se profundizó y le acercó cada vez más al Jesús histórico, abriéndole a "la oración de abandono" y a la aceptación del "amado fracaso" de Foucauld. Escribe en su cuaderno de Ejercicios Espirituales: "Me queda continuar en el esfuerzo de experimentar la presencia de Jesús en mi corazón y preguntarme con frecuencia qué haría él en mi lugar". A su amigo Piergiorgio Trevisan le confiesa: "La única desilusión es que, cuando pregunto a alguien si ha notado que he cambiado a mejor, oigo la respuesta ¡no! En cualquier caso, vivo mucho más feliz que antes, aunque haya más sacrificio. [...] Siempre agradezco al Señor que haya tanto trabajo, porque para eso estamos aquí, y es a través del trabajo médico como podemos llegar al alma de tantos enfermos. En estos países, la pastoral pasa siempre por el cuerpo. Suena extraño, pero es así".

Afirmaciones sacrosantas que volverían a él en diciembre de 1982, en el momento del desaire de la enfermedad (un riñón atrofiado y el otro gravemente comprometido, con la función renal reducida al 30%) y durante los calamitosos años post-Amin que marcarían dramáticamente la historia de Uganda: la época del segundo gobierno de Obote (del 17 de diciembre de 1980 al 27 de julio de 1985), el breve interregno de Bazilio Olara Okello (27 de julio de 1985) y del general Tito Okello (29 de julio de 1985 - 26 de enero de 1986), seguido de su derrocamiento, y la entrada en escena de Yoweri Kaguta Museveni, con la ocupación de Kampala (26 de enero de 1986) y la progresiva "liberación" de Uganda. Lo que queda del ejército Okello huye, hacia el Norte o hacia Sudán del Sur. Otros siguen escondiendo sus armas y permanecen en sus casas a la espera del desarrollo de los acontecimientos. Por supuesto, tras la retirada y la derrota, los derrotados se dedican a saquear y asesinar a la población del sur. En las regiones del norte, crece el odio tribal. Ni siquiera las misiones se salvan. En una crónica de los misioneros de Kitgum se lee: "Lo que más nos entristece a nosotros y a la gente es que los saqueadores son de nuestra

propia tribu: "Son nuestros hijos", dicen desconsoladamente'. Hay un clima de gran confusión y miedo, mientras la gente espera la llegada de las tropas gubernamentales para restaurar un mínimo de orden y traer algo de paz. Las condiciones en Kalongo también son dramáticas, hasta el punto de que el padre Ambrosoli escribe: "1986 fue el año más difícil de mis treinta años en Kalongo".

El temido epílogo -la comunicación de la evacuación del hospital de Kalongo- llegó el 30 de enero de 1987. El 7 de febrero, se da la orden perentoria de preparar la salida. El día 13 llegan 16 camiones. Se forma un convoy: 34 coches y camiones, con 1.500 soldados y civiles. Detrás de ellos, los almacenes quedan en llamas, reduciendo a cenizas los alimentos y los medicamentos. De todo el material hospitalario, sólo pudieron llevarse el 20%.

El Superior General, el padre Francesco Pierli, escribió una conmovedora carta al padre Ambrosoli. Entre otras cosas, dice: "Para todos nosotros, el hospital de Kalongo era mucho más que un hospital. Era el signo de ese amor apasionado por la gente, de ese hacerse cargo de las heridas del pueblo que constituye el núcleo más hermoso de nuestra vocación. [...] Hago mías sus palabras: 'El corazón sufre, pero la fe y la esperanza lo suavizan todo'".

El desgarrar no mata la esperanza: ese éxodo de personas -misioneras, misioneros, médicos, enfermos y enfermeras matronas a punto de hacer los últimos exámenes para obtener la certificación- es el último acto de amor e identificación con un pueblo y una obra. Esto explica la decisión del padre Ambrosoli de ser enterrado en África, junto a su hospital. Esto explica también por qué quiso, a costa de su vida, salvar la Escuela de Matronas para garantizar los exámenes oficiales a las chicas que se habían preparado durante tanto tiempo. Esto nos ayuda a comprender cómo las palabras que susurró al morir en Lira deben considerarse el punto final y la revelación inequívoca de lo que en su interior había movido y dinamizado toda su vida: "¡Señor, hágase tu voluntad, aunque sea cien veces...!" Eran las 13.50 horas del viernes 27 de marzo de 1987, cuando falleció en la brecha, a la edad de 64 años.

Es la conclusión de una experiencia espiritual culminante, porque revela un sentido fuerte y profundo del designio de amor de Dios sobre toda su historia de misionero. Se percibe en ella un lúcido sentido de la "hora de Dios", en la conciencia de que allí todo pensamiento, todo esfuerzo, todo proyecto humano encuentra su justo lugar y solución. Se está ante el momento más alto de unión con el Dios invocado y la expresión más preñada de amor hacia los hermanos, entregados ahora a su libertad y autonomía. El padre Ambrosoli sella definitivamente en la muerte lo que siempre ha sido su vida: "Una persona entre personas".

Toda su vida en Uganda estuvo marcada por este doble movimiento de fe empática en la persona que tenía al lado, y de servicio médico ofrecido en la más pura gratuidad. Para el misionero Ambrosoli, no se puede prestar un servicio profesional que eleva, cura y salva, sin un profundo amor por la persona; ni se puede mostrar auténtica empatía, sin esforzarse por dar profesionalmente lo mejor de uno mismo.

En su vida vemos realizado el aspecto fundamental de la eclesiología del Concilio Vaticano II: "La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (*Lumen gentium*, 1). Una eclesiología que también es hoy más actual que nunca: la misión de la Iglesia se realiza, antes que por la implantación o mejora de estructuras, por la primacía reconocida a las relaciones humanas y vivida concretamente en ellas. Estas relaciones, a su vez, impulsarán a la Iglesia a una correcta relación con el mundo y la sociedad, y la llevarán a responder con valentía y creatividad a las tensiones y cambios de las situaciones cambiantes de hoy.

### **A partir de la vida del P. Ambrosoli, indicaciones para ser evangelizadores hoy**

Pasemos ahora de la biografía del padre Ambrosoli a algunos de los valores que hicieron de su vida un testimonio evangelizador. Encontramos allí una sorprendente consonancia con el esquema de lectura que el papa Francisco ofrece en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* - Sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual. En el capítulo quinto, Francisco indica un conjunto de valores que constituyen otras tantas líneas operativas para una misión actual (EG 250-274). En la práctica, no se puede hacer misión sin la elaboración o inserción en un proyecto comunitario y sin un conjunto de valores que den consistencia a la persona y al grupo.

#### **a) "Iglesia en salida" – Abrirse a la diversidad**

En la *Evangelii gaudium*, Francisco insiste mucho en la necesidad de que la Iglesia aprenda "a aceptar a los otros en su modo diferente de ser, de pensar y de expresarse. De esta forma, podremos asumir juntos el deber de servir a la justicia y la paz, que deberá convertirse en un criterio básico de todo intercambio" (EG 250). Una vez afirmada esta actitud básica, que consiste en la capacidad de salir de los esquemas preconcebidos y en la urgencia de dotarse de un espíritu de apertura para narrar "las grandezas de Dios" (EG 259), Francisco invoca al Espíritu Santo: "Le ruego que venga a renovar, a sacudir, a impulsar a la Iglesia en una audaz salida fuera de sí para evangelizar a todos los pueblos" (EG 261). Este "salir fuera de sí", escuchar atentamente las situaciones, es un don y una característica que permite identificar una acción como acción del Espíritu. De esta apertura del espíritu a la diversidad, Ambrosoli es un testigo por excelencia, un ejemplo particularmente convincente.

En 1944, durante su formación en Alemania, el joven Giuseppe se cruzó con estudiantes de medicina destinados a futuros destinos en la infame República Social de Salò. En un entorno ideológicamente hostil, podría encerrarse en su pequeño mundo. En lugar de ello, se distingue por su concepción puramente de servicio de la actividad médica, por su gran respeto a las opiniones adversas de sus compañeros, por el sentido de la medida y la convicción con que manifiesta sus creencias religiosas, y por su capacidad para abrir espacios de serenidad y aliento en un hábitat desmotivado y a veces violento. Camillo Terzaghi, su compañero de cuartel, escribe: "El soldado Giuseppe Ambrosoli mostraba

ya un profundo conocimiento teológico, y los camaradas se preguntaban a qué fe política pertenecía. Sin embargo, incluso en las discusiones con los ateos acérrimos, se mostraba conciliador, aportaba su contribución al conocimiento, no se escandalizaba por las contradicciones y defendía los principios del amor y la fraternidad. Naturalmente, por esta calma angelical suya, era respetado y considerado, mientras que otros creyentes, por su intransigencia, eran duramente atacados e incluso ofendidos".

El doctor Luciano Giornazzi, también compañero de milicia de Giuseppe y de una fe política que era todo menos favorable a la Iglesia, no puede dejar de observar con admiración la combinación de vida y palabra que hay en él, que siempre va más allá de lo puramente existencial, aunque sea en beneficio propio o de las vallas ideales o ideológicas a las que pertenece. Giornazzi escribe: "Aquí está mientras, al final del consumo de nuestra exigua ración, se retira a su lecho de paja y recita en voz alta algunas oraciones en la indiferencia casi total. Aquí está, mientras 'regaña' a algunos de nosotros maldiciendo la mala fortuna que nos ha traído, voluntaria o involuntariamente, a ese lugar maldito. Tiene una buena palabra para todos y, al final, consigue calmar la ira, el dolor, la ansiedad. Me acuerdo de él durante una marcha de entrenamiento (¡15 km!) cuando carga, además de la suya, mi mochila por mi incapacidad para caminar debido a un repentino dolor en una rodilla. También le recuerdo cuando, mientras yo estaba en la "enfermería" (así la llamaban) con fiebre alta y sin poder moverme, me traía comida dos veces al día, siempre con una sonrisa en la cara, siempre con unas palabras de ánimo (y todo esto, lo hizo durante un mes aproximadamente). En resumen, durante ese tiempo Ambrosoli siempre estaba ahí para todos y daba buen ejemplo a todos. Era diferente al resto de nosotros. Tenía una marcha más, moral y material, que sin duda procedía de su "serenidad permanente".

En 1946, en una época de gran polarización de ideas y partidos -por tanto, de grandes oposiciones y exclusiones-, Giuseppe, militante convencido y activo en la Acción Católica, abandonó los ámbitos puramente confesionales para constituir existencialmente una plataforma de diálogo, entendimiento y testimonio de valores vividos sin proselitismo, pero, al mismo tiempo, sin fingimiento. Lo que es, es lo que vive, abriendo espacios cada vez más amplios de entendimiento y colaboración. Escribe en su cuaderno de 1947: "El apostolado en la familia es tan importante que debo dedicarme a él con decisión, desterrando el respeto humano. El apostolado en el ambiente: en la escuela, en el hospital. No basta que los demás me llamen demócrata cristiano; deben sentir la influencia del Jesús que llevo conmigo; deben sentir que en mí hay una vida sobrenatural expansiva y radiante por naturaleza... Debo amar a los pobres y no tener miedo de estar con ellos. Debo ponerme a su nivel y llevarles una buena palabra. Para mí, el apostolado no debe ser sólo de ambiente, sino que debe llegar a las clases sociales más humildes, a los pobres, sin importarme si son obreros en vez de estudiantes. Ponerme en el apostolado entre los pobres con humildad, hacerme como ellos, a su nivel, amarlos, interesarme por ellos".

Sin embargo, es en la misión donde la diversidad se convierte en un estímulo para que Ambrosoli pase de la comprensión a la aceptación, al cambio. Ambrosoli es alguien que, aunque acepta lo que hay, no se conforma con lo que hay. Al encontrarse con dos personalidades fuertes, como el padre Alfredo Malandra y la hermana Eletta Mantiero, los dos pilares de la misión de Kalongo y de sus estructuras, el margen de maniobra para él, doctor novato en asuntos africanos, debió parecerle muy limitado, por no decir decepcionante. Para sobrevivir, habría podido alegar una formación médica muy superior y ser así la causa de tensiones irreconciliables. En cambio, encaja para hacer florecer lo que inconscientemente era el profundo deseo de los dos ancianos misioneros. En Kalongo, uno no es derrotado en sus ideas, porque es imposible resistir la comparación con alguien más grande, sino que se transforma poco a poco. Así, los sueños se hacen realidad: la modesta maternidad de la hermana Mantiero en la sabana se convierte en un hospital de 350 camas, y la condición servil de la mujer se redime en una Escuela de Comadronas de renombre nacional, soñada obstinadamente por el padre Malandra. Dicho absurdamente, Ambrosoli era un elefante que sabía hacer malabarismos con el cristal. La misión obliga a menudo a coexistir grandes proyectos y fragilidad.

El "pequeño hospital del bosque" -como lo llamaba Ambrosoli-, que había crecido sorprendentemente con los años, no desfiguraba ni siquiera en comparación con el hospital de Lachor, en Gulu, el hospital de la capital y, por tanto, más central y subvencionado por el gobierno. El informe anual de 1979 de la diócesis de Gulu permite una comparación útil: en Kalongo trabajan 5 médicos, uno de ellos dedicado por completo a los leprosos, mientras que en Lachor hay 7 médicos, uno de ellos ugandés; hay 14 enfermeras en Kalongo y 13 en el hospital de Lachor; hay 62 comadronas con cursos en Kalongo, 63 en el hospital de Lachor; hay 323 camas de hospital, 220 en el hospital de Lachor; hay 75 camas de maternidad, 34 en el hospital de Lachor; en Kalongo había 113 consultas externas, 661, frente a 39.735 en el Hospital de Lachor; las cirugías mayores en Kalongo fueron 1.012, en el Hospital de Lachor 732; en Kalongo 1.379 partos, en el Hospital de Lachor 701.

La Escuela de Matronas era la joya de la corona, la criatura tan deseada y cuidada por el padre Ambrosoli. De 1961 a 1978, el hospital tituló a 245 comadronas registradas (matronas inscritas), de las cuales 65 de 1961 a 1967 y 180 de 1968 a 1978. En vista de los excelentes resultados, en 1979 el Ministerio de Sanidad aprobó un nuevo Curso de Matronas de nivel superior que, sin embargo, debido a la guerra, no pudo comenzar hasta 1980. No obstante, la Escuela de Matronas, en sus 30 años de actividad, graduó a 400 matronas profesionales, 40 de las cuales obtuvieron un título oficial (*registered midwives*).

Ambrosoli, ya en este primer nivel "de la salida audaz de sí mismo", nos plantea la cuestión de si en nuestro ser y hacer misión existe esa apertura mental de pensar más allá de lo existente, con el sano realismo de querer hacerlo crecer con la aportación de los que estuvieron antes que nosotros y de los que quedarán después. Ambrosoli nos anima a captar cuáles son los campos de presencia y acción donde el cambio es hoy más

urgente. Exactamente lo contrario de quienes renuncian a pensar y se atrincheran en la autodefensa, en las recriminaciones estériles, en el progresivo no ver, no oír, no cuestionar. Con esto, Ambrosoli plantea preguntas ineludibles sobre las que basar tantas de nuestras reflexiones y cambios de ritmo en la misión: ¿cuáles son actualmente las experiencias significativas de misión entre nosotros? ¿Cuáles son las experiencias, trazando un proyecto con historia, con opciones hechas y probadas a través de discernimientos y evaluaciones periódicas? Las opciones siguen ahí, a la vista de todos.

### **b. Ni espiritualismos desencantados, ni acciones sin alma**

El segundo aspecto de una "evangelización según el Espíritu" es vivirla y proponerla como un compromiso total, manteniendo estrechamente unidas la contemplación y la acción, es decir, la contemplación en la acción y viceversa. "Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón" (EG 262), escribe el papa Francisco. Y citando la *Novo millennio ineunte* de Juan Pablo II, añade: "Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y con la lógica de la Encarnación" (ibid.). Separar ambas significaría caer en el vaciamiento de sentido de la acción, en el intimismo y en el individualismo.

En el tiempo en que vivió su servicio misionero, Ambrosoli contribuyó ciertamente a insertar plenamente el servicio médico en la práctica de la evangelización, que en aquella época se entendía casi exclusivamente como el anuncio de la Palabra y la celebración-práctica de los sacramentos, con vistas a la fundación de una Iglesia local. Sin cuestionar esta opción básica, Ambrosoli, al ofrecer su profesionalidad médica, contribuyó a ampliar el concepto y la realidad del anuncio. El servicio a los enfermos, tal como él lo vivió, se convirtió en un modo de anuncio evangélico, tan noble y necesario como la predicación. Así lo atestiguan su riguroso discernimiento vocacional, manteniendo su práctica médica y su compromiso pastoral; su decisión de elegir a los combonianos, por la prioridad *missio ad gentes*, frente a su primera opción por los jesuitas; la claridad interior de su pronunciamiento; la decisión de los pasos que dio; los plazos concretos incluidos en un proceso o marco global rezado, reflexionado y puesto en práctica. Ambrosoli no era de decisiones precipitadas ni de entusiasmos pasajeros, ni de acción sin reflexión ni de reflexión sin acción. Las convicciones y la praxis constituían la doble vertiente de sus decisiones. La acción se reflejaba en valores interiores cultivados, tamizados y largamente meditados (fruto de la disciplina interior y la de exigentes horarios de oración, de espacios y tiempos de eficacia y eficiencia, de profundización constante en virtudes específicas como el servicio, la disponibilidad, la comprensión, la humildad, etc.) y, por otro lado, esta reflexividad y seriedad interiores buscaban su autenticación en una praxis elaborada en común y perseguida con constancia, método y rigor.

En sus notas tomadas durante los Ejercicios Espirituales en 1974 escribió: "¡Que vean a Jesús en mí! No se trata de hacer cosas distintas, sino del trato que doy a los enfermos.

Deben sentir que el contacto es fraterno por la caridad de Cristo". Y, en efecto, el contacto fraterno sólo puede transmitir la solicitud de Cristo si se trata de un servicio específico - en nuestro caso, médico- que se sirve de la contribución de todos, tiene lugar mediante una cuidadosa preparación y competencia, y se realiza en una relación empática con el enfermo, conjugando así respeto, atención a la persona y riguroso tecnicismo.

El Dr. Augusto Cosulich, de Pordenone, en Kalongo de 1983 a 1985, escribió: "Lo que más aprendí de Giuseppe fue su eficacia en el quirófano, el no dar importancia a la elegancia del gesto quirúrgico, al hecho de que la luz del campo operatorio quizá no fuera óptima o de que los que te ayudaban no lo hicieran de la mejor manera. Estaba acostumbrado a seguir adelante, aunque tal vez hubiera alguna hemorragia o el paciente no estuviera perfectamente relajado. Su lema era conseguir el máximo resultado para el paciente con el mínimo gasto de recursos (siempre relativamente escasos en Kalongo). Podía hacerlo gracias a su enorme experiencia, que, unida a sus aptitudes profesionales, le permitía comprender inmediatamente cuál era el problema nada más abrir el abdomen del paciente (no hay que olvidar que en lugares como Kalongo todavía se hacen, y se seguirán haciendo durante mucho tiempo, diagnósticos en el momento de la cirugía, el famoso *open and see*), decidir qué hacer y llevarlo a cabo lo más rápidamente posible para no desperdiciar material quirúrgico ni fármacos anestésicos más de lo necesario.

Desde este punto de vista, a veces era incluso exagerado: era capaz de reutilizar varias veces una gasa empapada en sangre después de escurrirla en una palangana; utilizaba los hilos de sutura con tanta parsimonia que sería un gran ejemplo para todos esos cirujanos italianos que despilfarran con tanta facilidad el material de los hospitales públicos. Me cuentan que incluso, en los primeros años, cuando no había nadie que se ocupara de la anestesia, solía realizar él mismo la anestesia raquídea o epidural (para esta última había ideado incluso una modificación de la técnica clásica de inserción de agujas) justo antes de ir a buscar ropa estéril para comenzar la cirugía propiamente dicha. Demostró también un sentido práctico y una astucia notables, siempre con vistas a ser útil al paciente y minimizar los costes hospitalarios [...]. Era paciente y muy buen profesor, le encantaba enseñar con sinceridad todo lo que sabía, incluidos los "trucos" y todos esos pequeños consejos que marcan la diferencia entre un cirujano normal y un gran cirujano, como era él".

En la vida del evangelizador, vincular estrechamente el aspecto humano de la relación y la profesionalidad, ya sea en el campo médico o en el pastoral, exige un buscado equilibrio entre contemplación y acción y su necesaria correlación. La verdadera contemplación lleva siempre a considerar un problema a resolver o una necesidad a la que dar respuesta como una necesidad de la persona. El aspecto personalista, tan evidente en el padre Ambrosoli, le lleva entonces aún más lejos, a un servicio médico extremadamente competente y minucioso. Con su praxis, plantea la cuestión de la preparación específica: ¿qué tipo de preparación y planificación ofrecemos actualmente ante las urgencias de la misión? Lo que está en juego es el tipo de itinerario formativo, una preparación que no sea genérica sino específica, y la capacidad de encajar y colaborar en un

plan común en el que se destierre cualquier compensación personal oculta. Ambrosoli nos hace caer en la cuenta de que un plan común exige una interioridad coherente, que a su vez requiere competencias específicas. Quizá deberíamos reconsiderar la relación entre provisionalidad, preparación y continuidad, y pedirle humildemente que nos ilumine.

### **Las fuentes del discipulado gozoso y entusiasta**

El evangelizador creíble para nuestro tiempo sólo puede ser una persona "convencida, entusiasmada, segura, enamorada" (EG 266). El papa Francisco lo identifica como un buscador de la gloria de Dios (la mejor protección del bien de la persona y la defensa a ultranza de los indefensos y pequeños), un hombre o mujer de oración (el camino necesario a batir para luchar y conseguir la liberación integral). Francisco escribe: "Se trata de la gloria del Padre, que Jesús buscó durante toda su existencia" (EG 267), y es necesario estar "bien apoyados en la oración, sin la cual toda acción corre el riesgo de quedarse vacía y el anuncio finalmente carece de alma" (EG 259).

Bastaría con recordar el inestimable doble legado de Ambrosoli, del que no podemos dejar de hablar y que fue el hilo rojo que recorrió toda su vida: el aliento de la oración y el suspiro en la muerte al entregarse a la voluntad de Dios. Con un hospital evacuado, una escuela en condiciones precarias y la incógnita de tener que abandonar Uganda, antes de morir susurra: "¡Señor, que se haga tu voluntad, aunque sea cien veces!". El Dios invocado es el Dios reconocido como protagonista de todo, del presente y del futuro. El fracaso aparente, pues, bien puede llamarse "el fracaso amado". Y sólo puede serlo para quien, desde su juventud, escribió: "El apóstol es tan bueno como reza". Y como cirujano consumado, repetía: "Es Dios quien hace. ¡Yo soy un ignorante!", y en su lecho de muerte pedía: "¡Ayudadme a rezar! Quiero rezar". A menudo hacía exactamente eso con los enfermos cuando ya no podía tratarlos, pidiéndoles que rezaran con él, haciendo participar en la oración al personal presente en el quirófano. El doctor Luciano Tacconi, que estuvo presente en Kalongo de 1978 a 1987, escribió: "En los momentos más dramáticos de una enfermedad, la preocupación de nosotros, los colaboradores, era apresurarnos, porque considerábamos que el tiempo que se quitaba al paciente era el que el padre Ambrosoli empleaba, en cambio, en prepararle para el último paso. En cambio, nos dimos cuenta de que preparar a un hombre o a una mujer para aceptar la muerte también forma parte de las obligaciones del médico y refleja el respeto que se debe tener a la persona entera: cuerpo y espíritu».

Con total adhesión a la voluntad de Dios y a la oración, el doctor Ambrosoli transfiguró su servicio en anuncio salvífico. En él se realizó al pie de la letra lo que el papa Francisco escribe de un verdadero heraldo: "Jesús quiere evangelizadores que anuncien la Buena Nueva no sólo con palabras, sino sobre todo con una vida transfigurada por la presencia de Dios" (EG 259). Endurecido por la misión, el padre José llegaría a resumir todo esto en su inolvidable lema: "Dios es amor. Hay un prójimo que sufre y yo soy su servidor".

Inevitable es la pregunta que debemos hacernos, como individuos y como comunidades misioneras: no tanto si rezamos o por quién rezamos, sino cuál es la calidad de nuestra oración.

### **La experiencia de ser pueblo**

Hay otra condición indispensable para ser "evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo" (EG 259): "el placer espiritual de ser pueblo" (cf. EG 268-274). Esta condición puede resumirse así: vivir la cercanía, sentirse espiritualmente cerca de la gente. Son palabras que tienen un significado tremendamente concreto. La cercanía abarca diversos matices: "quedarse con" cuando los demás huyen; amar con la intensidad de una pasión que llega hasta el "sufrimiento"; mirar a los ojos; sentir el contacto; experimentar el espacio sin autodefensa; estar presente donde suceden las cosas; ir más allá de las apariencias; etc. Sólo así "aceptamos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conocemos la fuerza de la ternura" (EG 270), porque "¡alcanzamos plenitud [sólo] cuando rompemos las paredes y el corazón se nos llena de rostros y de nombres!" (EG 274).

El papa Francisco ofrece aquí una muestra significativa de esta cercanía: "Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo" (EG 268); como Jesús, si hablamos con alguien, debemos mirarle a los "ojos con una profunda atención amorosa... nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, codo con codo con los demás" (EG 269); "Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriende de los demás... que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana" (EG 270).

Ambrosoli demostraba una capacidad única para estar con la gente por la facilidad que tenía para forjar relaciones con cualquiera, la naturalidad de su convivencia con las personas más dispares y la generosidad con la que se mostraba disponible a cualquier petición. La paciencia y el sentido del servicio, la disposición y el olvido de sí mismo, aderezados con su infaltable sonrisa, indicaban no sólo hasta qué punto se sentía en simbiosis con las personas que giraban en torno al hospital, sino que, sobre todo, constituían ese camino de alegría y serenidad indispensable para sentirse bien y crecer juntos.

En su proverbial "paciencia" tocamos la frontera extrema de la caridad de médico misionero de Ambrosoli: el otro era acogido con toda su diversidad, tanto si se trataba del africano enfermo como del solicitante de turno o del médico que había llegado a Kalongo para practicar la cirugía. A la Hermana Silveria Pezzali, que pasó 14 años con él en

Kalongo y que se quejaba mucho de su infinita paciencia, le respondía invariablemente: "Comprender, tolerar, perdonar y amar".

Muchos de los que le conocieron decían de él: "Parecía no tener otra cosa que hacer que escuchar a la persona que tenía delante". Era, más bien, la aplicación cotidiana de un criterio interior que defendía desde hacía tiempo: "Para poder amar, debo formarme un juicio amable sobre la persona que tengo delante". El "juicio amable" era su librea en privado y en público, con europeos y africanos, con personas cultas o analfabetas. A los ojos de la gente sencilla, se trata de un tema delicado en el que es imposible hacer trampas. Lino Labeja, catequista de Kalongo, afirma: "Nunca he encontrado una persona tan dispuesta a escuchar como el padre Ambrosoli". Y Martino Omach, también catequista: "Acogía a los pobres, a las viudas y a los huérfanos de una manera muy especial". No es de extrañar, pues, que otro catequista, John Ogaba, en su declaración, sintiera la necesidad de utilizar las siguientes palabras de admiración: "Por su manera de acoger a la gente y de hablar con ellos, de aconsejarles y animarlos, uno tenía la impresión de estar ante Jesús. Tenía un gran respeto por todos, pero en particular por los pobres y abandonados". En resumen, los que tenían dificultades sabían que podían contar con el padre Ambrosoli. Si en un momento dado, sin perder la calma y la compostura, no temía reprender, incluso en público, a uno de sus hermanos arrogantes y violentos, más tarde no tenía reparos en defenderlo públicamente por haber sido a su vez maltratado por un médico.

La inigualable admiración que despertaba se debía a su proverbial mansedumbre, firmeza, sencillez y accesibilidad. No se imponía -no lo necesitaba-, pero atraía a todo el mundo.

El padre Ambrosoli expresaba su "alegría de ser pueblo" al querer quedarse en Kalongo para prestar su servicio médico, al querer morir entre su pueblo acholi y ser enterrado como un pobre entre los suyos.

Dios se lo llevó y la Iglesia nos lo "devolvió", decretando su ejemplaridad y venerabilidad. Un año después de la celebración de su beatificación, se nos invita a retomar la vida y las actitudes misioneras del beato Giuseppe Ambrosoli, para conocerlas, comprenderlas, saborearlas y reexpresarlas en nuestra vida por el bien de la misión y de la Iglesia.

Roma, 10 Octubre 2023

*P. Arnaldo Baritussio, mcccj*  
Postulador general